

CUENTO N° 37

TITULO: LA PLACA

SEUDÓNIMO: GORDITA

AUTORA: ANA MARÍA GÁLMEZ BALMACEDA

LA PLACA

Gordita

Parecía que se iban a salir del vaso. Blancos, brillantes y con esas encías sonrosadas. ¿Querrían zambullirse en el whisky, sin olor y trasnochado que quedó esperando, para siempre, como le gustaba decir a la tía Guadalupe?

Era todo lo que quedaba de él. Su sonrisa. Ahora congelada en un turbio vaso de agua.

Así se guardaban unos fetos y unas orejas en el laboratorio de biología del colegio. En unos frascos asquerosos con un olor pestilente.

El vaso con los dientes era como un recordatorio de que sus últimos años habían dependido de un líquido que no era precisamente agua. ¿Saldrían de allí sus risas? Sus frases impertinentes con que le gustaba escandalizarnos a todos.

¿Preguntaría si había longanizas de Chillán para acompañar el plato de lentejas?

- ¿Abuelo, quieres un plátano?... Sentí sus dedos largos y encogidos entre mi pelo. Lo vi mirándome con su sonrisa socarrona y con la mano rascándose la cabeza. Igual que un mono.
- Parece que allá, donde estás, no se comen plátanos. ¿Será de verdad el cielo un aburrimiento como decías? Pero a partir de hoy, estoy segura, será más entretenido. Mal que mal entró un desordenado a jugar fútbol con San Pedro.

Acerqué el vaso de whisky.

- Ahora creo que tienes permiso abuelo. Es del bueno. Etiqueta negro, ese que exigías en los almuerzos dominicales. Del mismo que te llevábamos de regalo,

a escondidas, a la residencia. Ese, que según tú, te robaban las viejas del asilo. Te prometo que hoy no lo mezclo con agua. Sé que no te engañaba, pero tú y yo sabíamos que teníamos que hacerlo, así se quedaba tranquila la mamá y la tía Violeta. Sólo así.

- Sólo un dedo y el resto agua –me decía con voz golpeada y una mirada rabiosa la mamá.

Pobre. El trago le había quitado a su padre. A mí, en cambio, me había tocado un abuelo divertido.

Los dientes no se movieron. ¿Estarían esperando que los tomara y los introdujera en la boca de mi abuelo? Esas dos semanas se había encogido. Su cara era una máscara de hueso y piel. Todavía estaba tibio. Le tomé la mano con cuidado, sin que nadie se diera cuenta. Quería sentirla, antes de que las tías comenzaran a lavarlo y vestirlo para el funeral. Era mi forma de despedirme. Era el modo de decirle que aunque ya no estuviera físicamente seguíamos manteniendo nuestra propia intimidad. Esa que me había ganado por ser la nieta mayor.

Entre el vaso con sus dientes y el de whisky había sólo una gruesa barrera de vidrio. Dura y fría.

- ¿Sentirá su cuerpo el frío y la dureza de la madera cuando lo coloquen en el cajón y luego lo cubran con tierra?

También era una mirada dura y fría la de sus tres hijas cuando lo veían borracho.

- Pero ahora no tías. Está sobrio. Estuvo sobrio todo este mes. El cáncer no sólo le quitó las ganas de comer arroz a la valenciana, sino que también las ansias del trago. Hasta él se sentía raro, ¡sin ganas!

Dicen que cuando uno está moribundo ya no tiene sed. ¡Se le quitó la sed! Era como que día a día su cuerpo se iba despidiendo y abandonando. Primero fueron las ganas de comer, poco a poco no quiso caminar más. El que era tan inquieto y deportista. Se adelgazaba a vista de todos la capa de grasa de la piel. Hasta que se convirtió en un manojito de huesos.

- Puros huesos son los que palpa mi mano sobre la tuya. Poco a poco percibo como se va endureciendo y rigidizando tu piel.
- Te acuerdas viejo cuando nos obligabas a salir a la cancha a jugar tenis con el objetivo de ganar. No me permitías fallar ninguna pelota. ¿Quién iba a pensar que tu dinamismo y energía y tus dedos largos y chuecos por la artrosis iban a terminar tan quietos y fríos?

Sabías que te morías. Si no, como se entendía que esa hilera de nietos que veías de vez en cuando comenzara a desfilar a diario después de tu pasadita por el hospital. Eso y el color amarillo de la piel, más la pérdida del apetito, te preocupaban. Esto más que nada. Tu que reclamaba todos los días “por la comida de porquería que me dan estas viejas”, ya ni siquiera soñabas con un plato de jugosas albóndigas como las que hacía la Mami.

La Mami ...

Vieja cariñosa que nos amenazaba con la cuchara de palo cuando nos portábamos mal. Que nos regalaba con unas humeantes montañas de papas cortadas en cubo, fritas y remojadas en el caldo, jugoso, del pollo arvejado o con

sus fragantes y perladas cebollas en escabeche, que sacaba de un enorme frasco de cristal, y que cortaba en pequeños trocitos con los cuales coronaba en invierno los humeantes platos de porotos.

Se murió durmiendo en la cochera de José Domingo Cañas donde nos acurrucábamos a su lado en el invierno casi pegadas a la estufa de parafina para escuchar la radio. Silenciosa, sin meter ruido, sin molestar a nadie. Pero rodeada de quienes eran su vida: mi madre y sus hermanas. Y sobre todo mi abuela y este viejo querido que se enfriaba entre mis manos.

- Parecida a tu muerte abuelo. Silenciosa, sin meter ruido, pero rodeado de todos los tuyos. Viste viejo. No fuiste un padre ejemplar. Más bien la anduviste embarrando, pero igual te querían. Seguro que ya estás con ella, allá arriba, pidiéndole que te prepare algunos de los platos que te gustaban. Esas merluzas que comprabas en el muelle de Quintero, chorreando agua salada y que luego esperabas con ansias mientras su carne blanca y fibrosa se revolcaba en una montaña de harina, sal y perejil fresco para luego zambullirse en el aceite humeante del gran sartén de fierro negro y pesado.

Quintero...

Allá arriba también debes tener tu Quintero, con pinos, sin rocas pintadas y con playas limpias. Dios seguro que lo incendió –como querías- y lo reconstruyó a su pinta. Más bien a la tuya. Con esas playas de arena blanca y agua cristalina. Allá también te podrás bañar desnudo como te gustaba y nadie te mirará, como hacíamos

expectantes tus nietos cuando seguías el ritual diario en la playa de cambiarte el traje de baño mojado antes de subir a almorzar, al frente de todos.

- Dicen que con cuerpo glorioso uno ya no siente vergüenza. Así que seguro podrás darte ese placer con la más absoluta tranquilidad.

Volví a mirar tu cara encogida. Los dientes seguían ahí intactos. Integros. La muerte no se había ocupado de ellos.

De pronto una mano fría y fuerte me sobresaltó y me quitó tu mano. Una mano que ya no era la tuya. Fría y como de cera. Había llegado tu hora viejo. Había que arreglarte para sacarte de la cama y trasladarte al ataúd.

Las tías y la mamá afanaban. Estaban tristes, pero tranquilas. De algún modo las tres te habían visto morir como ellas querían. La tía Violeta te había despedido en su casa. Logro engañarte –más bien fuiste partícipe de ese juego- y te sacó de la pensión con la excusa de que después de la pequeña intervención al páncreas necesitabas de cuidados especiales. Convirtió su bodega en una blanca y luminosa pieza. Durante un mes nos acogió y entre canapés y pisco sours –como le gustaba a ella- nos fuimos despidiendo todos.

Comenzaron a arreglarte con un cariño tremendo. ¡Qué rara es la vida! ¡Qué raros los seres humanos! Hasta hace un par de meses te habrían dado una paliza por todas las penas que les habías hecho pasar. Malos ratos. Quiebras económicas. Hasta la televisión le habían quitado a la pobre abuela en uno de los tantos embargos. Y tu olímpico, en vez de dar la cara, te sumergías en litros de alcohol.

Ahora todo había terminado y ya te estábamos echando de menos. Incluso ansiábamos oír tus gritos: “Violeta, el whisky”.

Ahora, de la noche a la mañana, tu pieza es una pequeña capilla mortuoria. Tu ataúd al medio, contigo dentro, de color ceroso y tus dientes, que chorreando agua del vaso trasnochado, te volvieron a colocar.

- Ya no se te saldrá la placa querido abuelo.

No podía dejar de mirarte mientras comías y veía como se balanceaban en tu boca esos dientes grandes y amarillentos que ya no lograbas mantener en orden porque se te había acabado el pegamento gringo, que te traía el que de turno se daba una vuelta por Estados Unidos.

Es que también la cercanía de la muerte te hizo desprenderte de todo. Tus gustos, tus ganas e incluso tus dientes. La cara se te encogió y la placa se soltó.

Ahora estaba fija. Esa tarea había sido de los hombres de la funeraria.

Pero lo habían logrado, y a pesar de que ya no eras mi abuelo, el del cajón, tu sonrisa socarrona seguía intacta. La misma que puso una nota de color en una larga infancia feliz.